

La política japonesa: entre la asimetría y la ambigüedad

*Fernando Barbosa**

Resumen

Dos escritores japoneses han recibido el premio Nobel de literatura: Kawabata Yasunari en 1968 y Ôe Kenzaburo en 1994. El título del discurso de Kawabata al recibir el premio fue *Utsukushi Nihon no Watashi* cuya traducción ofrece dificultades. Normalmente se ha presentado como *Japón, lo bello y yo*, o *El bello Japón y yo*, o más aún, *El viejo Japón y yo*. Más literalmente habría que decir: *Yo, del bello Japón*. De otra parte, el discurso de Ôe se tituló *Aiamaina Nihon no Watashi* cuya construcción alude directamente a Kawabata. Se ha traducido como *Japón, lo ambiguo y yo*. Sin embargo, literalmente debería ser como en el caso de su antecesor, *Yo, del ambiguo Japón*. Estos dos escritores nos ofrecen una particular perspectiva. Kawabata, que insiste en hacernos ver y conocer la belleza de Japón pero de una manera muy ambigua, es seguido por Ôe que nos guía por los vericuetos estéticos de aquello que resulta ser innombrable. O que deja de serlo cuando se nombra, como sucede con el Tao.

Palabras clave: escritores y alma japonesa, poesía y estética, belleza y fealdad, autoridad del Emperador.

* Polítologo. Especialista en temas asiáticos, consultor e investigador independiente. Correo electrónico: fernandobarbosa.reorient@gmail.com

Abstract

Two Japanese writers have received the Nobel Prize for literature: Kawabata Yasunari in 1968 and Ôe Kenzaburo in 1994. The title of the speech of Kawabata receiving the award was *Utsukushi Nihon no Watashi* whose translation offers difficulties. It was usually presented as Japan, beautiful and I, or the beautiful Japan and I, or even the old Japan and I. More literally it would have to say: I, of the beautiful Japan. The elsewhere, Oe speech was titled *Aiamaina Nihon no Watashi* which alludes directly to Kawabata. It was translated as Japan, the ambiguous and myself. However, it should literally be as is the case with its predecessor, I, of the ambiguous Japan. These two writers offer a particular perspective. Kawabata, who insists on making us see and experience the beauty of Japan, but in a very ambiguous way, it is followed by Oe that guides us by the aesthetic intricacies of what turns out to be unmentionable. Or that it ceases to be so when it refers, as with the Tao.

Keywords: Japanese Soul and Writers, Poetry and Aesthetics, Beauty and Ugliness, Emperor Authority.

Dos escritores japoneses han recibido el premio Nobel de literatura: Kawabata Yasunari en 1968 y Ôe Kenzaburo en 1994. El título del discurso de Kawabata al recibir el premio fue *Utsukushi Nihon no watashi* cuya traducción ofrece dificultades. Por lo común se presenta como *Japón, lo bello y yo*, o *El bello Japón y yo*, o más aún *El viejo Japón y yo*. Más literalmente habría que decir: *Yo, del bello Japón*.

Por otra parte, el discurso de Ôe se tituló *Aiamaina Nihon no watashi* cuya construcción alude a Kawabata. Se ha traducido como *Japón, lo ambiguo y yo*. Sin embargo, literalmente debería ser como en el caso de su antecesor, *Yo, del ambiguo Japón*.

Estos dos escritores nos ofrecen una particular perspectiva. Kawabata, que insiste en hacernos ver y conocer la belleza de Japón pero de una manera muy ambigua, es seguido por Ôe que nos guía por los vericuetos estéticos de aquello que resulta ser innombrable. O que deja de serlo cuando se nombra, como sucede con el Tao.

Ahora, desde otra perspectiva distante en lo geográfico, Boris Groys (1992) en su libro *The total art of stalinism: avant-garde, aesthetic dictatorship, and beyond*, parece guiarnos por el mismo camino. En efecto, afirma lo siguiente¹:

1 Esta y las demás traducciones son del autor, salvo las que provienen de fuentes en español.

Se suponía que el mundo prometido por los líderes de la Revolución de Octubre sería uno que no solamente proporcionara una mayor seguridad económica sino que también, y quizás en una mayor medida, fuera hermoso (p. 3).²

Con las advertencias precedentes, no debe resultar extraño el título del libro publicado en 2006 por el actual primer ministro de Japón, el señor Shinzo Abe: *Utsukushii kuni e* (*Hacia un bello país*). La apuesta estética con la referencia a lo “bello”, resulta obvia. Sin embargo, a su lado, corre pareja la ambigüedad, que solo se hace evidente cuando se llega al texto en el cual poco o nada se dice de lo bello. Varios comentarios, como el siguiente, dan adecuada cuenta de esto. Michael Hoffman (2013) se pregunta:

¿Qué quiere decir [Abe] con “bello país”? Su libro, que desafía las expectativas que genera su título, no da una respuesta clara. La frase titular escasamente se repite en el texto. Al final termina hablando más de un “fuerte” en vez de “bello” Japón. Quizás en su mente fuerza y belleza son una sola .

Con este marco, en el que se tocan estética y poder, seguiremos el camino para acercarnos a la política nipona.

§

La historia del hombre es una constante síntesis de sumas y restas de lo propio y de lo ajeno; es imposible hacerse a un lado de las influencias. Estamos sujetos al influjo de lo vivido en el pasado, de lo que vivimos en el presente y de lo que soñamos sobre el futuro. Por eso, cuando se trata de reconstruir, de leer o de entender lo que somos, siempre nos vemos abocados a una sensación de indeterminación.

No importa qué tan extenso se escriba, siempre queda la impresión de estar construyendo un muro en la mitad de un campo con la certeza de que no se sabe cuánto se incluye y cuánto se excluye. Como lo dijo poéticamente Robert Frost (1942) en su poema *Mending Wall* (*Muro de adobe*):

*Before I built a wall I'd ask to know
what I was walling in or walling out,
and to whom I was like to give offence.*

Antes de levantar un muro quisiera saber
qué dejo adentro, qué dejo afuera
y a quién podría ofender. (p. 47).

² Las traducciones de fuentes en inglés son del autor.

En el presente caso por lo menos hay una certeza: se tratará de una aproximación. Pero con un propósito: intentar encontrar una arista que nos permita el acercamiento al Japón de una forma diferente, de modo que se pueda generar incentivos para búsquedas futuras.

Ahora bien, la referencia a esa “arista diferente” quizá merezca una explicación. En efecto, es un sesgo personal que tiene sus raíces en el curso de preceptiva literaria que dirigía en mi colegio el profesor Pompilio Calderón. Fue en el año de 1962 cuando cursaba tercero de bachillerato. Un día trajo a colación la famosa cuarteta de don Ramón de Campoamor (1900):

Y es que en el mundo traidor
nada es verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira. (p. 79).

Uno nunca sabe a dónde llegarán sus propias palabras. Lo cierto es que ellas caminan y saben arribar a su destino. Pero en lo que a mí toca con respecto a estos versos, debo decir que calaron hondo y que me han guiado hacia la búsqueda permanente de alternativas para conocer. Y me siento agradecido porque al final me han permitido vagar independiente de los ismos y las modas.

Es así como ante muchas alternativas, aquí me inclino por usar la estética como apoyo para resaltar algunos aspectos que puedan ayudarnos a entender mejor qué hay al otro lado de ese muro que nos señala Frost. Por supuesto, con ello me sitúo entre el fuego cruzado de políticos, científicos sociales y artistas. Pero, al igual que Roland Bleiker (2009), profesor de la Universidad de Queensland en Australia, pienso

(...) que la esperanza por un mundo mejor sin duda permanecerá débil a menos que pongamos todos los esfuerzos en un solo conjunto de prácticas cognitivas, sin importar qué tan forzadas puedan parecer. Los problemas que hoy rondan la política mundial, desde el terrorismo hasta la pobreza, son demasiado serios como para no emplear el catálogo completo de la inteligencia humana para abordarlas y entenderlas (p. 1).

Dentro de esa búsqueda de conocimiento, si bien Bleiker (2009) acepta las dificultades para sacar adelante su propuesta, también afirma que

El giro estético reorienta nuestro propio entendimiento de lo político: engendra un vuelco significativo de un modelo de pensamiento que iguala el saber con el reconocimiento de apariencias externas, hacia una aproximación que genera un encuentro más diverso y más directo con lo político. Esto último permite interacciones productivas a través de diferentes facultades, que incluyen la sensibilidad, la imaginación y la razón sin que ninguna de ellas aniquile la posición singular ni el discernimiento de la otra (pp. 19-20).

Lo que sigue es consecuencia de estos planteamientos e incluiré, además de la belleza y la ambigüedad, otros elementos estéticos como el vacío y la asimetría, la penumbra y el silencio, el instante y lo efímero.

El notable novelista japonés Junichirô Tanizaki (2002) escribió en 1933 su ensayo *In'ei ransai*, traducido al español como *El elogio de la sombra*. Es una pequeña joya sobre la estética japonesa que nos ayuda a leer la luz desde la sombra:

Siempre que en algún monasterio de Kioto o de Nara me indican el camino de los retretes, construidos a la manera de antaño, semioscuros y sin embargo de una limpieza meticulosa, experimento intensamente la extraordinaria calidad de la arquitectura japonesa. Un pabellón de té es un lugar encantador, lo admito, pero lo que sí está verdaderamente concebido para la paz del espíritu son los retretes de estilo japonés. Siempre apartados del edificio principal, están emplazados al abrigo de un bosquecillo de donde nos llega un olor a verdor y a musgo; después de haber atravesado para llegar una galería cubierta, agachado en la penumbra, bañado por la suave luz de los *shoji* y absorto en tus ensoñaciones, al contemplar el espectáculo del jardín que se despliega desde la ventana, experimentas una emoción imposible de describir. El maestro Sôseki, al parecer, contaba entre los grandes placeres el hecho de ir a obrar cada mañana, precisando que era una satisfacción de tipo esencialmente fisiológico; pues bien, para apreciar plenamente este placer, no hay lugar más adecuado que esos retretes de estilo japonés desde donde, al amparo de las sencillas paredes de superficies lisas, puedes contemplar el azul del cielo y el verdor del follaje. Aun a riesgo de repetirme, añadiré que cierto matiz de penumbra, una absoluta limpieza y un silencio tal que el zumbido de un mosquito pueda lastimar el oído son también indispensables (pp. 14-15).

Esto que podría entenderse como prosaico o banal, no es solo la representación del sentido de una forma de vivir. También adquiere dentro de la cultura japonesa otras dimensiones insospechadas. Cuando visité Eihei-ji, el templo que estableció Dôgen a mediados del siglo XIII, fui guiado por un bonzo a través del complejo en el que se encuentran setenta edificaciones, unas dedicadas al culto y otras a los asuntos más mundanos. Dentro de estas últimas llamó mi atención un edificio al que se le daba reconocida importancia, el Tosu. Cuando llegó la explicación, debo confesar que me sentí sorprendido: era el sitio donde quedaban los retretes, los sanitarios. Y, además, era evidente que competía con los baños y con el sitio para la meditación. La relevancia de este, en un sitio dedicado a lo espiritual, no requiere explicación. Los baños, siempre separados de los sanitarios, se reconocen invariablemente como algo notorio en la vida diaria japonesa. Sin embargo, la consideración tan especial a un espacio relegado y del cual solo se habla en voz baja, requería un esclarecimiento. Y no había que ir muy lejos. En el *Gran Shôbôgenzô* (1999), la obra más significativa de Dôgen y considerada como clásica dentro de la literatura budista de Japón, hay un capítulo, el Senjo, que está dedicado al tema:

Incluso antes de lograr la iluminación, los budas y patriarcas no descuidan sus prácticas de purificación. Su esencia no puede ser medida y abarca su porte, sus maneras. Esto es lograr el Camino. En el Avantamsaka Sutra está escrito: “Al entrar en los lavabos ten consciencia de desprenderte de la suciedad de la codicia, el odio y la estupidez. Purifícate con agua y mantén tu voto de seguir el camino y practicar la renunciación (sic.) al mundo. Cuando la suciedad haya caído, ten presentes a los seres sintientes (sic.) (de sufrimiento) y trata de mantener la verdadera ecuanimidad y entonces, no quedarán suciedades ni impurezas” (p. 152).

Y para completar la ronda de sensaciones y sensibilidades alrededor de esta materia, terciemus con el siguiente haiku del gran maestro Buson:

<i>Daitoko no</i>	El gran bonzo
<i>kuso hiriowasu</i>	está haciendo del cuerpo
<i>kareno kana</i>	en el páramo seco ³

Como lo anota Rodríguez, el poeta no tiene reparos para utilizar las palabras más feas. No obstante, su intención al mostrar al religioso en la más ridícula de las posturas, lo que busca es dignificar la naturaleza de las cosas. No sobraría agregar que lo que aquí se muestra pone de presente las distintas valoraciones que cada cultura le aplica a las realidades en su medio.

Sobre los temas que se mencionan, que no resultan amables para nuestro medio, existe también una distancia enorme desde el punto de vista del pensamiento y de la academia. Bien lo señala Umberto Eco (2007) en la introducción a su libro *On ugliness (Sobre la fealdad)*:

En cada siglo, filósofos y artistas han dado definiciones de belleza y gracias a sus obras es posible reconstruir una historia de las ideas estéticas en el tiempo. Pero no sucede lo mismo con la fealdad. La mayoría de las veces se ha definido como lo opuesto a la belleza pero prácticamente nadie le ha dedicado a la fealdad un tratado de cierta envergadura con lo cual ha quedado marginada a meras menciones en obras marginales (p. 8).

Llegados a este punto, se entenderá que la lectura de los siguientes episodios desde la perspectiva que acabamos de señalar, sufrirá de seguro una metamorfosis y resultará diferente a lo que superficialmente podría deducirse desde una óptica occidental. El primero corresponde al discurso que pronunció Noda Yoshihiko en los instantes previos a la elección interna de su partido que lo convertiría en jefe de gobierno el 29 de agosto de 2011. Noda, cuya figura corresponde a su autodescripción, se comparó con un *dojō*⁴ (locha) que es un pescado de agua dulce de muy mala apariencia y que vive en el fondo de los ríos:

3 Citado en Rodríguez, 1972: 445

4 Locha. Algo parecido a las cuchas que se encuentran en los ríos andinos, comestibles, de mal aspecto, con barbas.

Sé que me parezco a uno de estos de tal manera que si me convierto en primer ministro no espero que suba de forma inmediata mi tasa de aprobación y por lo tanto no convocaré pronto a elecciones (...). Sin embargo, una locha cuenta con sus propias cualidades así no pueda hacer lo que hace un *goldfish* (citado en McCurry, 2011).

La ironía resulta evidente pero más interesante aún es que el origen de la comparación proviene de los versos de uno de sus poetas preferidos, Aida Mitsuo (1924-1991), cuya obra celebra el duro trabajo de aquellos que pasan por la vida sin ser vistos por la sociedad. Nos encontramos, en consecuencia, ante un nuevo aspecto en el tinglado de la estética: la poesía y la doctrina zen al servicio de lo feo y dentro del campo en el que se ejercita el poder. Pero no se trata de una manifestación surrealista sino de algo de mayor calado dentro de la tradición cultural de Japón.

El origen del poder

Con la guía del marco referencial, avancemos ahora en la construcción del poder y de su ejercicio. Como en todas las culturas, el mito desempeña un papel valiosísimo en la creación de la verdad histórica y en la legitimación del poder. Y señalo “verdad histórica” para recalcar que en las sociedades primitivas el mito no era ilusión o ficción sino algo que representaba la realidad.

Las dos fuentes nativas más cardinales para conocer la historia y la leyenda de Japón, son el Kojiki de 712 a. D. y el Nihongi de 720 a. D. Allí se da cuenta de que las islas japonesas fueron creadas por dos hermanos-esposos: Izanagi e Izanami, episodio que fue seguido por el parto de 35 dioses hasta cuando Izanagi muere al dar a luz al dios del fuego. En posteriores ritos de purificación, Izanagi crea nuevos dioses dentro de los cuales hubo dos que fueron fundamentales en la creación del Estado primitivo: los hermanos y luego esposos Amaterasu, la diosa del sol, y Susanô, el dios de las tempestades. A la primera se le encarga de gobernar el Altiplano del Cielo y al segundo el gobierno del ancho mundo de los mares (Philippi, 1968).

La leyenda sobre la creación del Japón y de los dioses es muy compleja. Voy a referirme tan solo a dos aspectos por el interés que tienen en relación con esta exposición. Uno, la primera cópula de Izanagi e Izanami que es descrita en el Kojiki con gran ingenuidad, por lo menos cuando se lee hoy. Sin embargo, en la traducción que se hizo del texto al inglés y que fue presentada en 1882, su autor, el profesor Basil Hall Chamberlain la debió encontrar demasiado desafiante para la sociedad victoriana de su tiempo. Por eso seguramente, para obviar el obstáculo, esa y otras partes similares aparecen en latín. Incluyo esta referencia para hacer notar de nuevo las dificultades que se presentan cuando se trata de expresar lo mismo pero en contextos culturales diferentes.

El segundo aspecto se vincula con las riñas entre Amaterasu y Susanô que llevaron a la diosa a esconderse en una cueva en el cañón de un río dejando el mundo en la oscuridad. Fue necesaria la realización de una estruendosa orgía y el uso de un espejo para acicatear la curiosidad de la diosa que finalmente salió de la cueva e iluminó otra vez la tierra. La representación de la diosa Amaterasu en los santuarios shintô se hace mediante un espejo o el vacío. De los dos, es este último el que más me interesa.

Se dice que el episodio descrito sucedió en la isla de Kyushu y en concreto, en un sitio en la provincia de Miyazaki conocido como Takachiho. Allí existe un santuario en la orilla opuesta del río. En lo que podríamos llamar altar, no hay nada. Solo se ve al fondo la montaña que alberga la cueva de Ama-no-Iwato.

De acuerdo con las crónicas, Amaterasu le entregó a su nieto Ninigi no Mikoto un espejo, unas joyas y una espada que han sido los símbolos de poder y legitimación de los emperadores hasta el presente. (Una de las primeras imágenes que se transmitieron por televisión en enero de 1989 a las pocas horas del fallecimiento del emperador Showa –Hirohito–, fue el traspaso de esta regalía a su hijo, el actual emperador Akihito). Un nieto de Ninigi sería Jimmu, el primer emperador de Japón, que gobernaría entre 660 BC y 585 BC. Allí comienza la línea dinástica que llega hasta hoy y que proviene, como puede observarse, de la leyenda pero que, no obstante, aparece en la página web de la Casa Imperial (Kunaichô) como parte del pasado ancestral (<http://www.kunaicho.go.jp/e-about/genealogy/koseizu.html>). Ahora, aparte de ese pasado legendario, lo que interesa desde el punto de vista del ejercicio del poder, son las dos calidades que históricamente ha desempeñado el emperador. Por un lado ha sido la cabeza, visible o invisible, el gran sacerdote del Shintô, es decir, de la religión primitiva de Japón. Y por el otro, ha ejercido el poder político como jefe de gobierno. Lo primero, como veremos, es la constante. Lo segundo se desarrolla en el vacío y la ambigüedad.

En efecto, tal vez el único periodo de cierta duración en el que el emperador ejerció como gran sacerdote y como jefe de gobierno, fue el que transcurrió entre el reinado del emperador Tenji (661-672) y el emperador Kammu (781-806). Fue durante este siglo y medio que se conformó el Estado japonés con la adopción de códigos y leyes y la organización de una burocracia dirigida por el emperador. Con posterioridad a Kammu, comienza un proceso de aislamiento del emperador de los asuntos de gobierno que, en líneas generales y salvo ocasionales excepciones, se extiende hasta hoy. Coincide aquí el simbolismo del vacío que representa a la diosa del sol, con el vacío de poder del emperador. No obstante, tal vacuidad no significa ausencia. Es ese vacío presente en el zen, en su estética y tan arraigado en el alma japonesa. Para Occidente puede resultar extraño el papel del emperador como símbolo. Pero esa ha sido su impronta por siglos a lo largo de la historia del Japón.

Su lejanía de las luchas por el poder probablemente les ha permitido a los emperadores japoneses no ver comprometida su seguridad. Cuando se visitan el viejo palacio imperial

en Kioto o las villas imperiales de Katsura o Shugakuin en la misma ciudad, llama la atención la casi ausencia de protecciones. Salvo el palacio imperial en Tokio, que se construyó como fortaleza militar por el shogunato, aun en el presente se nota la misma tendencia de civilidad en las villas imperiales de Nagano, Tochigui, Shimoda o en el palacio de Asakusa donde vive el príncipe heredero.

Antes de ocuparnos de quién substituyó al emperador en el ejercicio del poder, es necesario presentar a un personaje de enorme trascendencia que toca los límites del mito. Se trata del príncipe regente Shôtoku (573?-622?). Tres temas destacaremos: la adopción del budismo, la promulgación de la primera Constitución y la construcción de Hôryûji.

El budismo llegó a Japón a mediados del siglo VI cuando el rey de Paekche (Baekje según la transcripción moderna) envió una misión que trajo como regalo para el emperador una estatua de Sakyamuni y varios sutras. La corte, al igual que la aristocracia, reconoció valores en el budismo, con lo cual la nueva enseñanza pudo abrirse paso. Sin embargo, fue Shôtoku quien se convirtió en el gran patrono que adoptó la religión para el Estado y abrió importantes monasterios, incluido Hôryûji. Si bien con tal tratamiento pudo originarse un conflicto con el primitivo shintô, la realidad es que las dos religiones se acomodaron y propiciaron un sincretismo que permanece hasta ahora. Por supuesto, en términos de la injerencia de cada culto en la vida pública, ha habido alzas y bajas de cada una. De la época de Shôtoku en que tuvo prevalencia el budismo, se llegó a tiempos opuestos en que el shintô recuperó sus espacios como lo fue el periodo que empieza a finales del siglo XIX y termina con la Segunda Guerra Mundial, o lo que sucede hoy en día cuando el socio del Partido Liberal-Democrático (PLD) en el poder es el Komeito, partido que tiene su origen en una secta budista, la Soka Gakkai.

La Constitución de los diecisiete artículos, si bien no corresponde técnicamente a lo que hoy llamaríamos Constitución, sí marcó un hito en el ordenamiento legal de la sociedad japonesa, y como tal es reconocido en ese país. Para entender el tono del documento, transcribimos el primer artículo:

Artículo 1. Debe valorarse la armonía y cumplir con la obligación de abstenerse de realizar acciones protervas. Todos los hombres están influenciados por intereses particulares y son pocos los inteligentes. Por eso algunos desobedecen a sus señores y padres, y otros mantienen enemistades con los pueblos vecinos. Pero cuando los de arriba son armoniosos y los de abajo amistosos y cuando hay acuerdo en la discusión de los negocios, la forma de ver correctamente las cosas gana espontáneamente la aceptación. Es entonces cuando todo puede realizarse (Tsunoda, 1964, p. 48).

Los restantes artículos, en resumen, tratan lo siguiente:

Artículo 2. El pueblo debe respetar el budismo, es decir, la fe, las leyes y los bonzos.

Artículo 3. El pueblo debe obedecer respetuosamente al emperador.

Artículo 4. Los funcionarios deben trabajar acuciosamente.

- Artículo 5. Los funcionarios no deben ser sobornados ni agasajados. (Esta es probablemente la primera regulación que trata de prevenir la corrupción).
- Artículo 6. El pueblo debe comportarse rectamente y corregir el rumbo de los que no lo hagan.
- Artículo 7. Los funcionarios deben ejecutar sus labores de manera justa sin abusar de su autoridad.
- Artículo 8. Los funcionarios deben trabajar desde muy temprano hasta muy tarde.
- Artículo 9. Los funcionarios deben ser sinceros y honrados.
- Artículo 10. El pueblo debe ser tolerante con las ideas de los demás.
- Artículo 11. Los funcionarios deben premiar y castigar al pueblo con justicia.
- Artículo 12. Los gobernadores no pueden recaudar impuestos, pues ello solo le compete al emperador. Ningún Estado puede tener dos soberanos ni ninguna persona dos patrones.
- Artículo 13. El desconocimiento no exime a los funcionarios de sus responsabilidades.
- Artículo 14. Los funcionarios no deben ser envidiosos. Difícilmente se encuentra uno con un sabio cada quinientos años. Si no hay sabios, ¿quién puede gobernar?
- Artículo 15. El interés público prima sobre el privado. Los funcionarios deben dejar de lado sus asuntos y atender lo público.
- Artículo 16. Para trabajos obligatorios debe escogerse bien la temporada. Por ejemplo en invierno en que la gente está desocupada y no desde la primavera hasta el otoño cuando deben cuidar los campos.
- Artículo 17. Las decisiones importantes no deben ser tomadas por una sola persona y deben ser consultadas con muchos (Tsunoda, 1964, pp. 48-51).

Como puede constatarse, este documento fundamentó la autoridad del emperador, las prácticas morales que deben ser acatadas por el pueblo y por los funcionarios, más el reconocimiento del budismo y de uno de sus valores más notables: la armonía. Aunque no de manera explícita, resulta evidente la influencia confuciana que se representa en el reconocimiento de las jerarquías y de la burocracia, lo mismo que en los términos en que se define la debida obediencia.

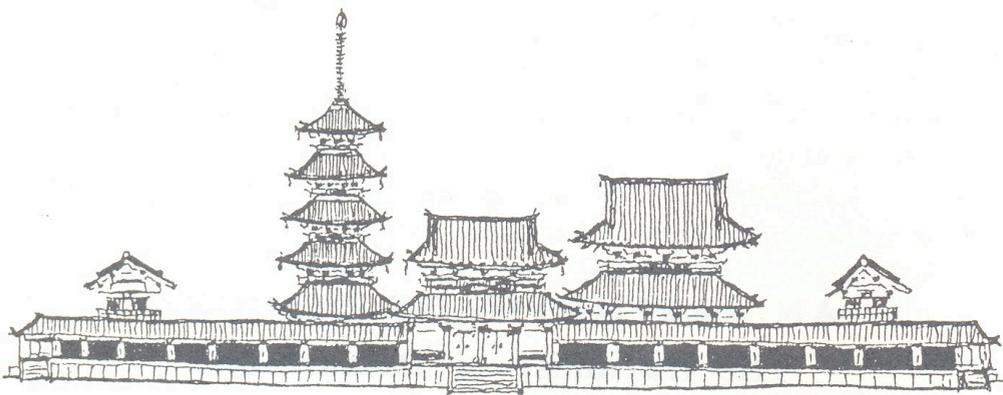
Por último, la construcción del monasterio de Hôryûji localizado en las afueras de Nara, merece otra mención. Su arquitectura, a pesar de la influencia recibida de los conceptos arquitectónicos de la dinastía T'ang de China, introduce aspectos japoneses como los muros que lo rodean. Pero, para efectos de nuestro tema, aparece una característica

estética que se profundizará con el tiempo en la medida en que el zen penetre toda la cultura de Japón.

Figura 1.

El sitio, visto de frente, muestra la silueta de la figura 1.

Fuente: Komparu (1983).

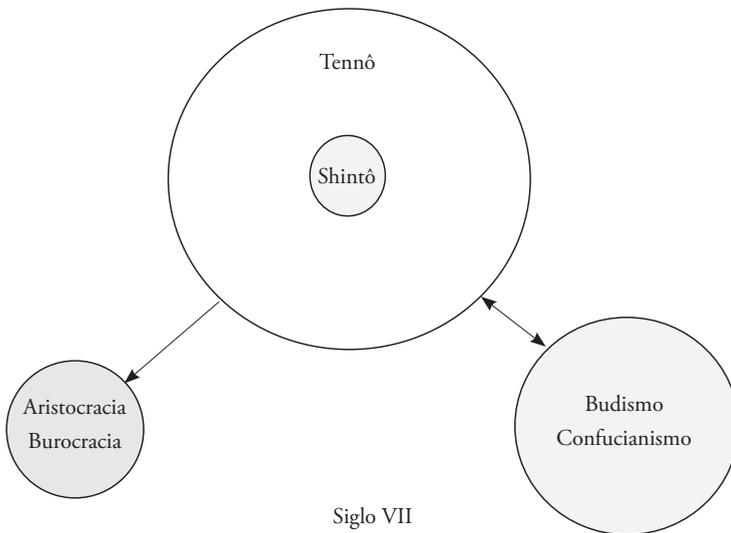


Tal como lo observa Kunio Komparu (1983), la pagoda, que es la edificación más importante en la cual se guarda una reliquia de Buda, no está en el centro del complejo, como tampoco lo está el *hall* principal. Entre los dos y los corredores de forma lineal, resulta evidente una gran tensión. La característica de este arreglo es la asimetría presente en las artes japonesas (el teatro, la música, el ikebana, la ceremonia del té, la arquitectura), pero también en otros aspectos de la vida japonesa dentro de los cuales está la política. En efecto, mientras hoy nos enfrentamos en Occidente a la búsqueda de un equilibrio entre las distintas ramificaciones del poder, en Japón, desde tiempos remotos, la preocupación está más al lado de los resultados que de las fundamentaciones teóricas. Y estos resultados se explican mejor desde la asimetría como factor estético pues, como lo explica el origen cultural de este gusto, de lo que se trata es de reconocer la imposibilidad de lo completo, de lo llevado a término, de lo realizado. El hombre y los grupos sociales son un movimiento que no cesa y que se ajusta permanentemente.

Las influencias de China y de Corea en esta etapa son evidentes. El Estado japonés es un recién nacido ante la trayectoria de sus vecinos. Pero lo que adoptan los japoneses de las experiencias extranjeras, son más las formas que las razones. Si bien a partir del siglo VII se incorpora un sentido del Estado y unos valores nacionales que todavía son reconocibles en la sociedad de hoy, los ajustes no fueron pocos en una cultura muy proclive a avanzar mediante la prueba y el error.

Este primer Estado, inspirado por Shôtoku, podría representarse tal como lo muestra la figura 2.

Figura 2.
Fuente: Elaboración propia.



Tenemos, entonces, al Tennô⁵ como gobernante, legitimado por el Shintô, que dirige a la aristocracia cortesana y a la burocracia oficial y que se inspira en valores budistas y confucianos para orientar la sociedad. Ahora bien, no se trata todavía de un Estado unificado al que se llegaría varios siglos después, ni de un emperador poderoso y al mando del país. Como ya se señaló, el poder del emperador empieza a declinar y nuevos actores empiezan a participar en la conducción del Estado.

Los nuevos poderes

En el año 794 la capital se traslada a Kioto y se inicia el periodo Heian que es la época dorada de la cultura imperial japonesa. Y es por aquel entonces cuando revive la institución de los regentes. La falta de un Estado unificado y sin un sistema militar centralizado, permitió la formación de grupos armados que empezarían a ejercer poder sobre los territorios y finalmente sobre la corte. Y paralelo a esto, vino el surgimiento de familias poderosas que, por medio del recurso de la regencia, accederían al poder. Tal es el caso de la familia Fujiwara, que a través de alianzas matrimoniales con la familia imperial, de estrategias bien estructuradas y del gusto refinado por las artes y las letras, dominó la escena política de este periodo. Ello pone de presente una razón de porqué la mayoría de emperadores en aquellos tiempos se retiraron del poder.

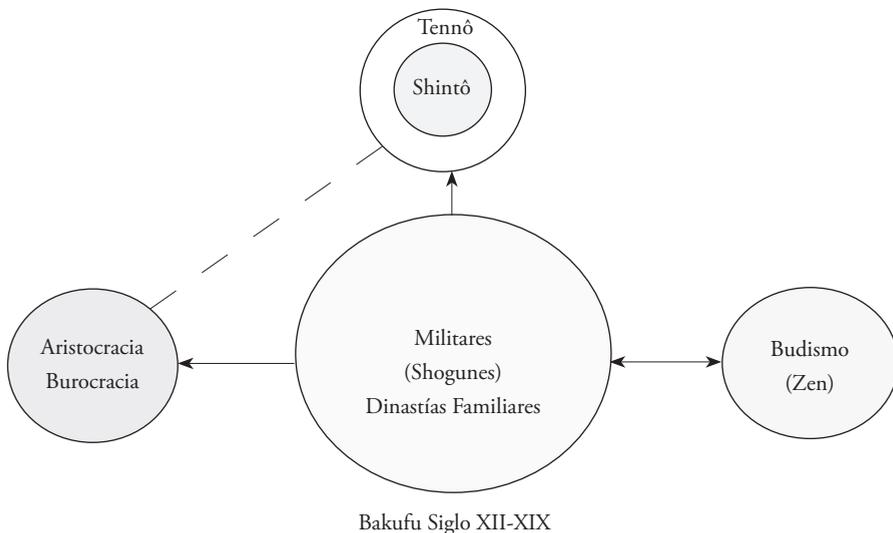
5 Por lo general se traduce como “emperador”. Sin embargo, la traducción más aproximada sería “soberano celestial”.

La familia Taira tomó el relevo que duraría hasta 1185 derrotada por los Minamoto que instituyeron la capital en Kamakura hasta 1333. En este momento, aparece un nuevo actor político que es el shogun, el militar, y se da comienzo a una larga etapa de regímenes militares que, según la ortodoxia, termina en 1867 con el regreso al poder del emperador Meiji. En este último año desapareció formalmente el shogunato. No obstante, un análisis de los años que siguieron hacen posible afirmar que los gobiernos militares se extendieron hasta 1945 con la derrota en la Segunda Guerra Mundial a manos de los aliados. Si esto se acepta, nos encontraríamos ante 760 años de gobierno militar.

Mientras se mantuvo el régimen militar, continuó la institución del emperador sin poder o con poquísimo poder, con una aristocracia ahora complementada con la clase militar y con una popularización del budismo en el pueblo y del zen dentro de la clase militar. Esquemáticamente podríamos describir estos gobiernos como lo muestra la figura 3.

Figura 3.

Fuente: Elaboración propia.



La batalla de Sekigahara en 1600 dio paso a la unificación del país que se llevó a cabo con la égida de la familia Tokugawa cuyo dominio se extendería hasta 1867. Durante esta fase de 267 años, el país vivió un largo ciclo de paz. En este lapso de tiempo aparecieron –o quizá continuaron–, ciertas prácticas dentro de la política que resultan de gran interés para entender lo que todavía sucede en estos campos.

El profesor asociado de historia de Japón en la Universidad de California en Santa Barbara, Luke S. Roberts (2012), publicó hace poco el libro *Performing the great peace: political space and open secrets in Tokugawa Japan*. Allí expone la tesis de que el comportamiento político se da en varios niveles que no necesariamente coinciden y que con frecuencia se contraponen.

A lo largo de este libro uso términos comunes del diario vivir que han sido ignorados por los historiadores en Japón y en Occidente: *omote*, *uchi* y *naishô*. *Omote* generalmente significa “superficie” o “entrecara” y se refiere, en la política de Tokugawa, a la localización de relaciones ritualizadas entre un inferior y un superior en las que la parte inferior debe obrar al servicio del deseo de su superior. *Uchi* es lo opuesto y significa “interno” y su uso político está referido al reconocimiento del espacio de autoridad que le corresponde a la parte inferior dentro de una relación jerárquica de poder. El carácter con que se escribe *uchi* se pronuncia *nai* en palabras compuestas, y el espacio de autoridad que detentaban sus líderes se llamaba generalmente *naibun*, en el sentido de “la porción de competencia de cada uno”. *Uchi* frecuentemente tiene el matiz de informalidad y es parte de la palabra más útil para analizar negociaciones y acuerdos en la política de Tokugawa: *naishô* que quiere decir “acuerdo interno” y que se refiere a los acuerdos que no pueden permitirse en situaciones *omote*. El comportamiento en situaciones *omote* y en espacios *uchi* puede ser contradictorio. Un señor feudal puede profesar compromiso total a una orden del gobierno Tokugawa y aún así ignorarla al regresar a su dominio. Este hecho aislado puede ser interpretado como simple desobediencia o corrupción, pero también como debilidad del régimen central –interpretaciones que han sido comunes en los textos históricos– por dos razones: primero, porque usualmente había habido un arreglo manejado de esta “desobediencia” y, segundo, porque la diferencia no estaba meramente relacionada con el sometimiento al poder sino con varios discursos situacionales de la viva realidad (pp. 6-7).

En resumen, tenemos que el comportamiento político japonés se presenta en dos planos que no se tocan. Por un lado está el *omote* que es lo que se muestra, lo visible, lo oficial, lo público. Y por el otro tenemos el *uchi* que es lo privado, lo íntimo, lo secreto que permite la existencia de los acuerdos por debajo de la mesa. Ahora, si a los conceptos de *omote* y *uchi* agregamos los de *tatemae* y *honne* tendremos un panorama todavía más amplio para comprender el funcionamiento de la sociedad japonesa.

En paralelo con estos términos [*omote* y *uchi*], están las importantes palabras *tatemae* y *honne*, que también describen las relaciones que se hacen de acuerdo con una dimensión afuera/adentro que afecta tanto la conciencia subjetiva como el comportamiento social. *Tatemae* es un término “exterior” que se refiere a las convenciones culturales y a las regulaciones sobre el comportamiento apropiado consensualmente aceptadas. En este sentido, el *tatemae* es paralelo al *omote* en el campo de las relaciones social-psicológicas. El *tatemae* está basado en los principios y reglas normativas plenamente reconocidas dentro de la cultura. Doi⁶ comparaba el *tatemae* con el concepto de “orden legítimo” de Max Weber. Este *tatemae* “público” y

6 El Dr. Takeo Doi es un médico que propuso una interpretación del comportamiento de los japoneses a partir de los lazos de dependencia que se establecen entre madre e hijo, tesis que expuso en su libro de 1987.

normativo es contrastado y balanceado frente al *honne* “privado” que representa la encubierta subjetividad de los individuos cuyos motivos e intenciones subyacentes se oscurecen detrás de los aspectos formales y socio-presentacionales del *tatema* (Johnson, 1993, pp. 218-219).

Los conceptos a los que nos hemos referido se presentan, en la literatura disponible, en las formas binarias que mencionaremos a continuación para claridad de los lectores. Aunque cada par tiene sus particularidades, todos representan el adentro/afuera, lo público/privado, lo oficial/confidencial, etc. Tenemos así la siguiente serie: *omotelura*, *soteluchi*, *tatema/honne*.

Detrás de esta construcción queda, por supuesto, una gran pregunta sobre la ética de tales comportamientos. Al respecto debe decirse que nos encontramos frente a una fundamentación del comportamiento social distinta a la nuestra y en la cual lo ético es desplazado por lo estético. En tal escenario, lo importante no es la diferenciación entre el bien y el mal sino entre lo puro y lo impuro, entre lo bello y lo feo. En síntesis, podría decirse que el contenido se degrada frente a las formas: no importa qué se haga sino cómo se haga. Y la aceptación social del resultado se valida no a través de la virtud sino de la lealtad, tan afianzada en el Bushidō, el código del guerrero. Esta última, muy anclada en el shintō (Kasulis, 2012), se manifiesta en los deberes o deudas que todo japonés tiene que honrar. Por un lado está el *on* que representa las obligaciones contraídas pasivamente. El solo hecho de existir obliga a todos con el emperador, con los padres, los maestros, los profesores, los antepasados. Por otra parte, está el *giri* que es la devolución activa de las deudas recibidas de forma pasiva. El *giri* se manifiesta hacia los demás (el señor feudal, la familia política, etc.) y de una manera particular hacia uno mismo cuando debe limpiar la reputación individual o, en otras palabras, el honor personal (Benedict, 1974).

El Japón moderno

En 1853, después de haberse cerrado al mundo y haberse mantenido aislado desde 1636, Japón fue forzado a reabrir sus puertas por la marina de Estados Unidos. A partir de entonces empezaron a darse cambios de gran magnitud como los que ocurrieron en el siglo III a. C. con la llegada del hierro y el bronce desde China, o aquellos que sucedieron entre los siglos VII y X cuando se asimilaron e incorporaron los adelantos de la civilización china. El emperador Meiji fue reinstaurado en el poder y la nación se vio envuelta en un torbellino de transformaciones políticas, sociales, militares y económicas que vendrían de la mano con las importaciones de conocimiento y tecnología occidentales que se promovieron.

El papel preponderante del emperador como líder de esta evolución es reconocido desde sus mismos tiempos. Sin embargo hoy, con los aportes de la nueva historiografía, parece que no todo fue de tal manera y que la aristocracia y los militares desempeñaron un papel más destacado del que regularmente se les reconoce. No obstante, así se trate solo

de un manejo de imagen como se diría en la actualidad, la realidad es que el país tomó nuevos rumbos.

Con el lema de *fukoku kyōhei* (“país rico, ejército fuerte”), Japón entró en una etapa de profundas transformaciones en todos los campos. Se produjeron cambios institucionales que marcarían los caminos que se han recorrido hasta la fecha, incluidas las desastrosas invasiones al Asia, la participación en la Segunda Guerra Mundial y la catastrófica derrota en que terminó esta última.

En un entorno histórico-político en el que no se había propiciado la deliberación pública sobre los asuntos del Estado, aparece en 1876 el primer protopartido político, el Aikoku Kōtō (Partido Público de los Patriotas) que promovía el establecimiento de un cuerpo colegiado. En 1882, Ōkuma Shigenobu funda el Rikken Kaishintō (Partido para la Reforma de la Constitución) y en la orilla opuesta, la de los defensores del sistema, aparece el Rikken Taiseitō (Partido del Mando Imperial Constitucional). Sin embargo, el juego político tan solo aparece a partir de 1890 con la promulgación de una constitución que crea una monarquía constitucional de corte prusiano y la Dieta, compuesta por la cámara de representantes y la de los pares. Fue esta una fase de aprendizaje y reacomodos. Partidos que aparecían y desaparecían, enfrentamientos entre los miembros de cada parcialidad y ausencia de liderazgos nacionales mientras el poder permanecía en manos de los *genrō*, es decir, de los veteranos cuya mayoría provenía de los cargos medios de la clase samurái. El poder político de los militares se haría evidente en 1912 con la renuncia del ministro de la Armada, Uehara Yūsaku. Esta situación que se consolidaría en 1932 con el asesinato del primer ministro Inukai Tsuyoshi se extendería hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, razón por la cual, como se comentó atrás, es posible aseverar que los gobiernos militares se extendieron entre el siglo XII y la mitad del XX, con algunas excepciones.

El caso de Inukai merece particular atención, pues desde su desaparición terminan los gabinetes con representación partidista y aparecen los que se conocieron como los gobiernos de “unidad nacional” que continuarían hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Pero algo más señalado aún es el origen partidista de Inukai. En efecto, su partido –uno de los dos mayoritarios–, el Rikken Seiyūkai (Amigos del Partido de Gobierno Constitucional), recibía fondos del conglomerado Mitsui. Y otro tanto ocurría con su contendor el Rikken Minseitō (Partido Constitucional Democrático) que era financiado por Mitsubishi. Con esto quiero indicar la aparición de un nuevo actor político de suma trascendencia representado en los *zaibatsu*, es decir, en los inmensos conglomerados familiares que surgieron a finales del siglo XIX con la protección y el apoyo del gobierno. Los datos aportados por los historiadores de la primera mitad del siglo XX dejan claro que sin el apoyo económico y político de estos grupos a la guerra, otro hubiera sido el desenlace de los acontecimientos (Kodansha, 1999).

Dentro de las novedades que hubo en este periodo desde Meiji hasta 1945, debe destacarse el enorme peso que tuvo el *shintō* en la política de Japón. Desde el siglo XVIII

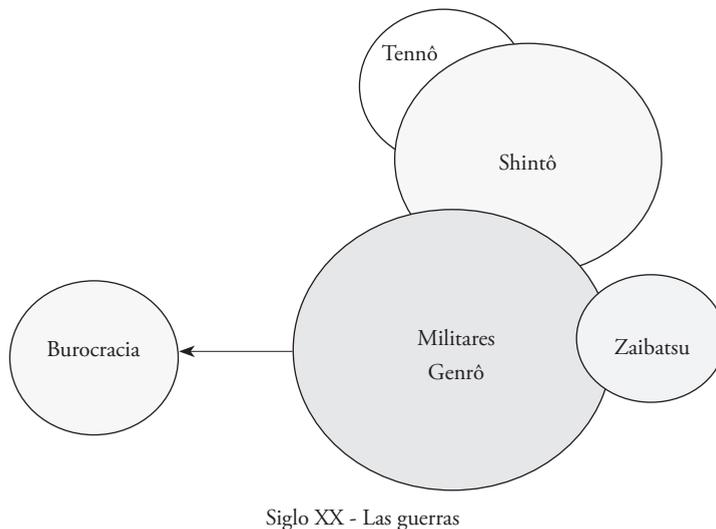
empezó a tomar fuerza una corriente nacionalista que despertó al shintô. El gran ideólogo y promotor fue Motoori Norinaga (1730-1801) quien aprovechó la coyuntura que se tejía desde el siglo XVII cuando el budismo empezó a ceder espacios políticos y sociales frente al neoconfucianismo. No es descabellado decir que, apaciguado el país con los Tokugawa, la contienda se trasladó al campo de los intelectuales y artistas y es en este espacio en el que Norinaga, que emprendería una campaña extraordinaria para rescatar los valores japoneses, revivió los dos textos fundamentales del shintô: el *Kojiki* y el *Nihongi* o *Nihonshoki*, mencionados atrás.

Sin el aporte de Norinaga es probable que no hubiera florecido una campaña como la que se inicia a comienzos del siglo XIX con el lema de *sonnô jôei* (“reverencia al emperador y expulsión de los bárbaros”) (Kasulis, 2012). Al reivindicar lo nativo, que incluía el rescate de la ascendencia imperial hasta la era de los dioses, se reforzó en el gobierno la promoción del sistema de santuarios oficiales y una oficina oficial del culto. De esta recuperación del espíritu japonés resurgió la imagen sacralizada del emperador, y florecieron una fuerte identidad nacional y el sueño de un destino grandioso para el país del sol naciente que acompañaría los años venideros hasta la derrota de 1945. La suma de estos símbolos vista desde la perspectiva actual, nos ayuda a entender las preocupaciones que hoy despierta el culto shintô en los vecinos de Japón, en particular el que toca al santuario de Yasukuni donde se rinde homenaje a los caídos en la Segunda Guerra Mundial, incluidos criminales clase A, y del cual el actual primer ministro Abe es juicioso partidario.

Con esta nueva formación el esquema de gobierno de estos años puede representarse tal como lo muestra la figura 4.

Figura 4.

Fuente: Elaboración propia.



La posguerra

Aceptada la derrota después de las dos abominables bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, el país es ocupado por las fuerzas aliadas y solo recupera su independencia en 1952, cuando se firma el Tratado de Paz de San Francisco. La intención inicial de las fuerzas de ocupación fue la de impedir que Japón volviera a levantar cabeza. La élite política y empresarial fue arrestada y sus bienes confiscados. Varias de las pocas instalaciones fabriles que se salvaron de los bombardeos, fueron desmanteladas y entregadas como compensación de guerra a los países asiáticos. Sin embargo, el pragmatismo pudo más y las necesidades locales como las presiones del entorno internacional llevaron las cosas por rumbos distintos. Superado inteligentemente el *impasse* de si se debía o no juzgar al emperador como criminal de guerra, se hizo apremiante la conformación de un gobierno con participación de los japoneses. Los viejos partidos que habían desaparecido en 1940 trataron de revivir con nuevos nombres. Pero las purgas ejecutadas por la ocupación, no facilitaron las cosas.

En mayo de 1946, después de las primeras elecciones de la posguerra, Yoshida Shigeru es elegido primer ministro, posición a la que llega como presidente del Partido Liberal. En 1947 es remplazado por Tetsu Katayama, del Partido Socialista, quien permanece en el cargo entre mayo de 1947 y marzo de 1948 cuando es sucedido por Hitoshi Ashida del Partido Democrático. En octubre de ese mismo año Yoshida regresa al poder y allí se mantiene hasta 1954.

La nueva constitución de 1947 introdujo profundos cambios. El poder ejecutivo quedó en manos de un primer ministro como jefe de gobierno, elegido por la Dieta compuesta por dos cámaras, la de representantes y la de consejeros; el emperador fue designado como símbolo de la nación y jefe de Estado; se introdujo el sufragio universal y se estableció, en el famoso artículo 9, la renuncia a la guerra y al mantenimiento de fuerzas de mar, aire y tierra.

Dice el muy comentado artículo 9:

El pueblo japonés, aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y en el orden, renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación y a la amenaza o al uso de la fuerza como medio para resolver las disputas internacionales.

Con el fin de cumplir el propósito del párrafo precedente, no se mantendrán fuerzas de tierra, mar y aire ni otro potencial de guerra. No se reconocerá el derecho de beligerancia del Estado (Leyes constitucionales, 1963: 938).

Las nuevas circunstancias de la posguerra y los cambios electorales condujeron a la formación de muchos partidos que hicieron necesarias las alianzas, pero que tuvieron como efecto la volatilidad de los gabinetes, hasta cuando en 1949 Yoshida consiguió conformar uno que sobrevivió hasta octubre de 1952.

La recuperación de la soberanía llegó en un momento de grandes divisiones dentro de los partidos conservadores y los de la izquierda. Frente a estos últimos, que se dividieron en pequeños grupos en 1951, los conservadores no lograron obtener las mayorías en la Dieta. Pero en 1955 suceden dos cambios substanciales: los socialistas se reúnen de nuevo alrededor del Partido Socialista de Japón y los conservadores, agrupados en el Partido Liberal y en el Partido Democrático, se unen para conformar el PLD que consolida unas mayorías en la Dieta que pudieron mantener hasta 1993.

Durante estos años el juego político se concentró en el partido de gobierno y sus protagonistas fueron los líderes de las facciones en las que se fragmentó la agrupación desde su unificación. El origen de estas facciones parte del momento en que los dos partidos conservadores se unieron sin que eso significara el abandono de sus propias identidades. El objetivo principal de estos grupos era el de negociar su participación en los gabinetes de la época. Pero a medida que avanzó el proceso, su conformación y su acción se hicieron más complejas en términos programáticos y financieros. Los altos costos de hacer política las convirtieron en empresas políticas, en especial en lo concerniente a la consecución y repartición de fondos y de apoyos electorales (Curtis, 1999). Uno de los grandes costos de esta operación fue la corrupción que enervaría a la opinión pública a comienzos de los 90 cuando el sistema hizo agua.

Un renovado actor que se destaca en este periodo es la burocracia. Desde el siglo VIII cuando se establecieron las bases para el servicio civil sobre el ejemplo chino de inspiración confuciana, Japón goza de un cuerpo muy eficiente de servidores públicos. La novedad desde el sistema de 1955 es su interacción con el partido de gobierno y con los empresarios. El resultado es lo que se denomina “Japan Inc.” que correspondería a lo que Curtis llama las instituciones informales. Según este autor, la suma de

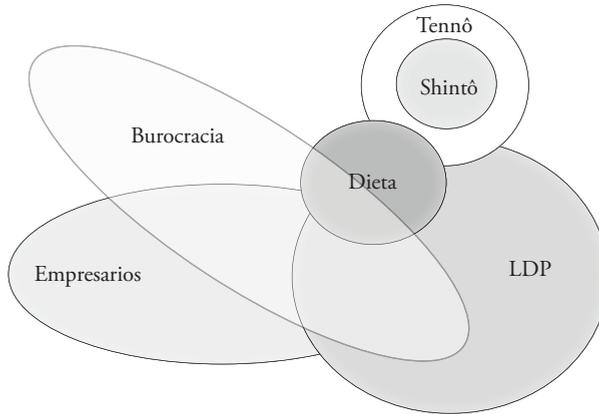
(...) instituciones formales e informales se convierten en un sistema integrado que produce una compleja matriz de instituciones. En Japón, este sistema facilita el adaptarse a las circunstancias cambiantes sin necesidad de apelar al proceso dispendioso y contencioso de una reforma legal (1999: 5).

Tales informalidades que en últimas equivalen al *uchi* descrito atrás, dificultan la lectura desde Occidente y son motivo de conflictos con los Estados Unidos y con los países europeos. Recuérdese lo que significaron las “guías” del poderoso Ministerio de Industria y Comercio (Johnson, 1982).

La estructura que se construyó fue tan eficiente como compleja. El partido de gobierno, al estilo de los gobiernos en la sombra de Inglaterra, creó unas instancias paralelas a las formales en las que era posible debatir las políticas y las decisiones con los funcionarios del gobierno y con los empresarios desde el interior (*uchi*). El factor determinante para que esto funcionara, era la confianza que se derivaba de la confidencialidad garantizada por la lealtad y el honor. En otras palabras, fue una extensión del *naishô* o “acuerdo interno” del periodo Tokugawa.

Un esquema de lo que fue el sistema del 55, se presenta en la figura 5.

Figura 5.
LDP (Liberal democratic party) = PLD (Partido liberal democrático)
 Fuente: Elaboración propia.



Postguerra - Modelo 55

Además de la estabilidad política que se alcanzó en esta fase, uno de los resultados quizá más importantes, fue la construcción de un sistema económico y social de gran equilibrio llamado por algunos “capitalismo humano”. Ozaki lo define de esta manera al comparar el capitalismo tradicional con este nuevo:

La única diferencia básica entre los dos es que el capitalismo humano ubica su valor primario en los recursos humanos más que en el capital pecuniario como fundamentos de la creación de riqueza; mantiene que en el mundo de las economías avanzadas de hoy, los seres humanos son el más vital de los recursos y el sistema empresarial debe organizarse de acuerdo (a esta realidad) (1991: 158).

Con un desarrollo guiado por tales parámetros, la sociedad japonesa alcanzó uno de los mejores y más equitativos niveles socioeconómicos de su historia. De hecho, para 1990 el 95% de la población se identificaba como de clase media. Los años que vendrían en los que se sintieron los efectos del neoliberalismo adoptado a mediados de los 80 sumados a las consecuencias de los escándalos y desajustes que condujeron a la crisis, llevaron a un aumento de la pobreza que según la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) alcanzó el 15.7% en abril de 2011.

La crisis del sistema

1964 marcó un hito en el curso de la posguerra cuando alrededor del símbolo de los Juegos Olímpicos de ese año y con el despliegue de sus avances tecnológicos encarnados en el tren bala, Japón se presentó al mundo como jugador de las grandes ligas. Los éxitos de la década de los 70 fueron extraordinarios a pesar de las dos crisis del petróleo, a estos les siguieron nuevos logros en los 80.

En esta década se produjeron dos acontecimientos que tendrían profundas consecuencias en el futuro del país. En 1982 llegó al gobierno Yasuhiro Nakasone. Un político joven con ambiciones, con capacidades de liderazgo y con ideas neoliberales. Con él se inicia una época de nacionalizaciones que inició con los Ferrocarriles Nacionales. Sería aventurado decir que los retrocesos en lo social se debieron a este cambio ideológico. Pero lo cierto es que empezaron a verse nuevas evidencias –como los altos salarios de la élite empresarial– que afectarían después la distribución del ingreso.

En septiembre de 1985 los miembros del G-5 (Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y Japón) firmaron el Acuerdo del Plaza, cuyo propósito principal fue el de devaluar el yen y el marco alemán frente al dólar. Los efectos en Japón vinieron pronto y se produjo una devaluación del 51% del dólar frente al yen que impulsaría el crecimiento de una burbuja económica. Uno de los efectos de esta medida fue la enorme valorización de los activos locales en términos internacionales, la cual condujo a decisiones de negocios a veces estrafalarias, como lo fue la compra del Rockefeller Center en Nueva York por parte de Mitsubishi, que la opinión pública estadounidense recibió negativamente y la entendió como una provocación.

En medio de la euforia económica, en 1989 cae el primer ministro Takeshita. La razón detrás de su renuncia fue un escándalo de corrupción en que se vio envuelto. Si bien es cierto que el problema de la corrupción viene de muy atrás (se recordará que hay una mención a ello en el artículo 5 de la constitución de los diecisiete artículos del príncipe Shôtoku) el nuevo incidente está muy unido al protagonizado por el primer ministro Tanaka en 1974 que también lo obligó a abandonar el cargo.

El profesor Richard H. Mitchell (1996) de la Universidad de Missouri documenta el problema de la corrupción desde 1868, es decir, desde el momento en que Japón se reintegra al mundo y comienza su modernización. Como puede fácilmente deducirse, las regulaciones para evitarlo no han sido exitosas y de ellas podría hablarse mucho. No se trata de reconocer que el asunto es un mal endémico de la política japonesa. Si observamos el fenómeno desde la informalidad, desde el secreto, desde la lealtad, probablemente se pueda entender mejor su funcionamiento. En las prácticas políticas que se detectan y en las que yo mismo he podido observar con respecto a los mayores escándalos de los últimos cuarenta años, existe un límite que cuando se traspasa suscita el escarnio público.

Atrás se mencionó el alto costo que deben asumir los políticos y que los llevan a conseguir recursos en el sector privado. La sociedad no acepta tales procedimientos pero los tolera siempre y cuando los beneficiados sean las instituciones, los partidos y no los individuos. En el caso de Tanaka en 1974, de Takeshita en 1989 y de Kanemaru en 1992, los beneficiados fueron ellos mismos y esto resultó inadmisibles. Un factor que tal vez contribuyó a animar el rechazo es que los tres fueron miembros de la misma facción. Estos incidentes, sumados a la incapacidad del PLD para introducir reformas políticas y económicas, tuvo como efecto la erosión de la confianza del electorado en el partido de gobierno. El desarrollo de estos acontecimientos le significó al partido la pérdida de sus mayorías parlamentarias en las elecciones de 1993. Se llegó así a la conformación del gobierno de Hosokawa, quien como disidente del PLD había formado un nuevo partido. Sin embargo, no tardó la oposición en encontrar indicios de un nuevo escándalo tocante a las finanzas del primer ministro, quien fue obligado a renunciar en 1994.

El siguiente movimiento fue sorpresivo. Los dos grandes rivales del 55, el PLD y el Partido Socialista establecieron una alianza y conformaron un nuevo gobierno liderado por los socialistas. Dos años después y también como producto de varias alianzas entre los partidos conservadores, el PLD volvió a asumir el gobierno en cabeza de Hashimoto (1996-1998). Después de otros dos años subió Obuchi (1998-2000) quien fue reemplazado por Mori (2000-2001). En el 2001 es elegido Koizumi, personaje muy carismático y alineado con el neoliberalismo. Su manera de comunicarse con la gente hizo que su gobierno fuera muy popular si bien no logró encausar a su partido hacia un rumbo más promisorio. No obstante, la profunda división en sus filas que venía de atrás continuó dando lugar a la formación de partidos que aparecían y desaparecían con gran facilidad, y se fue allanando el terreno para una gran derrota. En efecto, a partir del 2006 se sucedieron siete gobiernos de muy corta duración cada uno, que alimentaron un hondo rechazo de los votantes que de manera contundente le entregaron las mayorías al Partido Democrático de Japón (PDJ) en las elecciones de 2009.

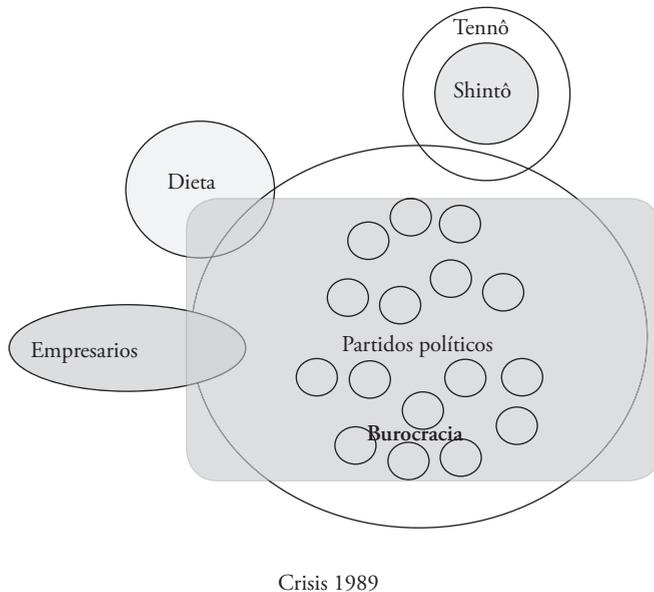
La crisis política que empezó en 1989, fue solamente uno de los varios problemas de fondo que ha sufrido Japón en las últimas dos décadas. A la pérdida de confianza desatada por la debacle política se sumó el estallido de la burbuja económica que tuvo consecuencias en todo el sistema. Los bancos, que se habían expuesto en exceso, comenzaron a venirse abajo y su desastre vino a destapar las debilidades del sector productivo también sobreendeudado, e hizo visibles el cruce de intereses entre la clase política y el sector privado, con lo que quedó en evidencia la enorme corrupción acumulada durante el periodo dominado en el sistema del 55.

La figura 6 permite observar la situación de las últimas dos décadas en la que se destaca el desplazamiento de los partidos políticos por la burocracia. Esta última es la que al final mantiene el juego del poder, aunque también se ha convertido en obstáculo para las reformas que se requieren. Lo cual, según el profesor Curtis (1999) era esperable tal como sucedió con los partidos socialistas en Europa, cuando después de acceder al poder

y tratar de modificar las políticas de gobiernos anteriores, vieron frustrados sus intentos por el bloqueo de los burócratas.

Figura 6.

Fuente: Elaboración propia.



El otoño de 2009 trajo un nuevo aire a Japón con la derrota del PLD y la obtención de las mayorías parlamentarias por parte del PDJ. Se esperaba que con ello se resquebrajara definitivamente el sistema de 1955, se renovarían y depurarían la política y se consolidaría el partido de gobierno. No fue así. Antes de diez meses el primer ministro Hatoyama se retiró y le cedió el paso al primer ministro Kan que llegó al cargo después de unas reñidas elecciones internas. Con un partido dividido y una oposición que controlaba la cámara alta de la Dieta, Kan debió afrontar la catástrofe del tsunami de marzo de 2011 y el posterior problema de Fukushima y del sector de la energía nuclear, sin dejar de mencionar la prolongada recesión económica y el fortalecimiento de los nuevos actores internacionales como China. Puesto contra la pared por la acción de sus propios correligionarios y por la oposición, se apartó del gobierno y fue sucedido por Noda, quien debió continuar la lucha con las divisiones internas de su partido y con una oposición cada vez más intransigente del PLD y su aliado el Komeitô. Casi sin opciones de movimiento no tuvo otra salida que convocar a elecciones generales que se llevaron a cabo en diciembre de 2012 en las cuales sufrió una estruendosa derrota, muy previsible, frente al PLD.

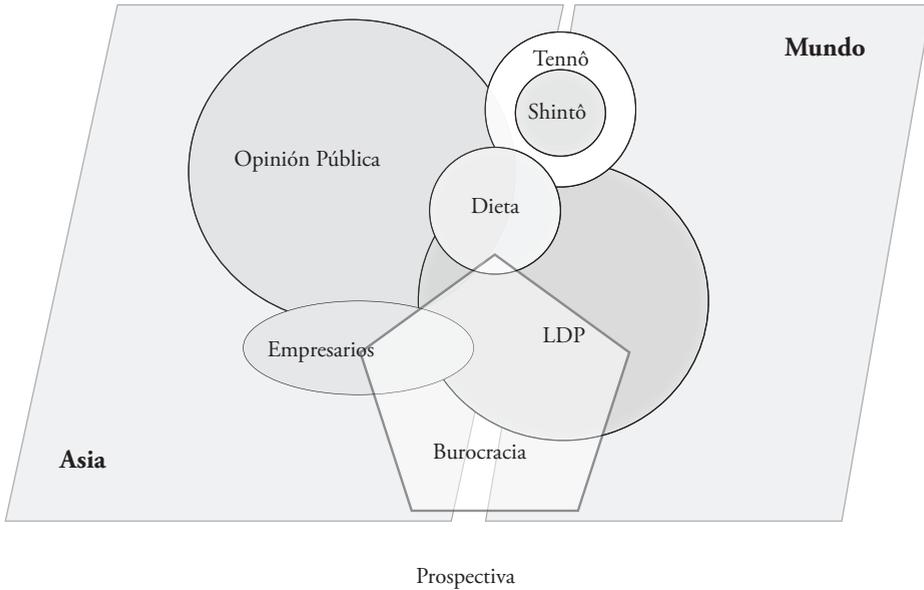
La pésima imagen del PDJ y el enorme desgaste al que se sometió durante los tres gobiernos que presidió, le ocasionaron la derrota humillante, lo que le permitió al PLD recuperar las mayorías en la cámara baja. Con esta victoria, el viejo PLD recuperó el poder que quedó, por segunda vez, en manos de Shinzo Abe quien, debido a una enfermedad había tenido que entregar el mando en 2007. En julio de 2013, otro triunfo electoral le devolvió al partido de gobierno las mayorías también en la cámara alta y con ello el control de la Dieta. Con esta consolidación y con un ánimo que se había opacado por sus problemas de salud durante su primer gobierno, Shinzo Abe parece decidido a retomar una línea de gobierno que le es familiar, orientada hacia la derecha nacionalista y por el neoliberalismo. Su propuesta de gobierno, que se enmarca dentro de lo que se denomina la “Abenomics”, no ha sido recibida con mucho entusiasmo por parte de la opinión pública y menos por sus vecinos en el Asia. Los primeros no confían en que el proyecto político recobre los niveles de bienestar anteriores a la crisis. Y los segundos, porque las banderas ultranacionalistas del primer ministro plasmadas en su intención de modificar el artículo 9 de la constitución o por lo menos su interpretación, más su apoyo al culto de Yasukuni, hace temer por un resurgimiento de las banderas de la preguerra. No sucede lo mismo con la clase empresarial que espera beneficiarse con los estímulos económicos que se vienen proponiendo e implementando. Los comentarios políticos del Keidanren, el poderoso gremio-cúpula de los empresarios, que se había mantenido a prudente distancia desde mediados de los 90, aparecen de nuevo como en la época del 55 cuando su participación fue definitiva para la unión partidista que creó el PLD. Y los empresarios, individualmente, también parecen sentirse cómodos y confiados. En una actitud que hubiera parecido extraña hace poco, Teruo Asada, presidente de Marubeni, manifestó, en entrevista concedida a mediados de julio de 2013 a Yuriy Humber de Bloomberg, que *Abenomic's needs more Thatcher*. Y reconocía abiertamente que estaban haciendo *lobby* para que el gobierno le entregara concesiones al sector privado para el manejo de puertos, aeropuertos, autopistas o del negocio del agua (Humber, 2013). No queda duda, como puede observarse, de la alianza que se está estrechando entre la clase empresarial y el nuevo gobierno. Habrá que descifrar, de la lectura de los movimientos que sigan, si nos encontramos o no frente a la construcción de un bello Japón.

Dos décadas de crisis no han sido suficientes para encontrar soluciones. La economía ha soportado veinte años de recesión. Los partidos explotan en pedazos y son desplazados por la burocracia. El sector financiero y el empresarial apenas comienzan a levantar cabeza. Recomponer el terreno no ha sido fácil y las dificultades crecen con el auge de China, el envejecimiento de la población, la catástrofe del tsunami del 2011 y el problema nuclear de Fukushima, que no han contribuido propiamente a disminuir el pesimismo del pueblo japonés.

Sin embargo, las circunstancias han variado. A los actores tradicionales de la política doméstica –los partidos, la Dieta, los empresarios, la burocracia–, hay que sumarles ahora la opinión pública, tanto la local como la internacional. De la misma manera las realida-

des del momento demandan un reconocimiento tanto de lo regional como de lo global. En tal sentido, no resultaría fácil evitar el contexto asiático y el mundial como componentes de la política interna. Este escenario prospectivo podría esquematizarse tal como lo muestra la figura 7.

Figura 7.
LDP = PDL
Fuente: Elaboración propia.



Este ejercicio de lectura de la política desde la perspectiva de la estética, no puede tener fin sin agregar a las tesis iniciales unas nuevas consideraciones.

La primera consideración parte del inicio de la *Metafísica* de Aristóteles en la que se lee:

Todos los hombres por naturaleza desean saber. Señal de ello es el amor a las sensaciones. Estas, en efecto, son amadas por sí mismas, incluso al margen de su utilidad y más que todas las demás, las sensaciones visuales. Y es que no solo en orden a la acción, sino cuando no vamos a actuar, preferimos la visión a todas –digámoslo– las demás. La razón estriba en que esta es, de las sensaciones, la que más nos hace conocer y muestra múltiples diferencias (2003, pp. 69-70).

Amamos las sensaciones porque nos procuran saber y a ellas reaccionamos con gusto independientemente de su utilidad. Ese gusto no es otra cosa que el goce estético que convertimos en conocimiento. Esto en términos de hoy avalaría la percepción de lo bello y lo feo como formas de entendernos con lo que nos rodea.

Ya habíamos echado mano del discurso de Ôe al recibir el premio Nobel. La referencia ahora corresponde a otra intervención suya de mayo de 1993 en la inauguración de la Biblioteca Pública de Nueva York. Decía el autor en esa ocasión:

Cuidado con los japoneses. Cuando ellos dicen *si* realmente quieren decir *no*. (¿O era al contrario?). Las palabras exactas se me escapan ahora, pero el presidente Clinton según se informó, garrapateó algo en tal sentido. Aparentemente le estaba aconsejando al presidente Yeltsin sobre cómo negociar con Japón. Tales observaciones del presidente de los Estados Unidos inevitablemente hicieron saltar en pedazos la autoestima de muchos japoneses que tenían grandes esperanzas con la elección de un nuevo líder y que habían saludado con beneplácito su éxito. Obviamente la conmoción no se hizo esperar. Pero en cambio, si el presidente Clinton hubiera dicho: “Cuidado con los japoneses. Ellos frecuentemente hacen promesas *aimai-na*” —si hubiera usado el adjetivo japonés— no creo que hubiese desatado la controversia que promovió. Así estas palabras hubieran podido ser más severas que las expresadas al señor Yeltsin, muchos japoneses habrían admitido la idoneidad de tal descripción de su carácter (1995: 1).

El escritor se refiere aquí de manera más concreta al problema de la ambigüedad que es matizada por él mismo con otras posibilidades: vago, oscuro, equívoco, indeciso, dudoso, cuestionable, sospechoso, no comprometedor, indefinido, anieblado, doble o de dos caras.

De la misma manera abierta como Ôe nos relata el caso particular de Clinton y Yeltsin, vale la pena traer a cuento la siguiente experiencia personal. Pasada la segunda crisis petrolera en 1979, yo me encontraba trabajando con Sumitomo. El impacto de la situación había sido sensible pues los precios de los productos japoneses habían perdido su competitividad. Era necesario buscar nuevos rumbos y la compañía convocó a sus 7.000 empleados para que formuláramos una nueva visión. El siguiente fue el resultado:

Open eyes on all

Algo lo suficientemente vago que abarcara todo y nada, que fijara metas de corto o de largo plazo, o de ninguno. En resumen, la ambigüedad que pone todo en marcha sin oponerse a nada, sin medir nada y esperando todo.

Pero esta brevedad se suma a otro elemento que no se ha mencionado todavía y que es crucial para seguirle el paso a los acontecimientos en Japón: el silencio. Sírvanos el siguiente haiku de Ryôta para ilustrarlo:

<i>Mono iwazu</i>	No dijeron nada
<i>hyaku to teishu to</i>	ni el anfitrión, ni el huésped
<i>shiragiku to.</i>	ni el blanco crisantemo (Haya, 2002, p. 107).

Para concluir, con una reiterada invitación a mirar la realidad desde todos los ángulos posibles, las siguientes dos menciones literarias.

La primera son versos con los que comienza el Heike Monogatari (McCullough, 1988), una de las grandes obras de la literatura japonesa del siglo XIII y que rescatan el momento; que nos impulsan a cuidar lo cercano, lo inmediato, y que se complementan con la ambigüedad del largo plazo. En otras palabras, el presente, que se nutre del pasado y del instante para construir el futuro: metas vagas para el porvenir y acciones para hoy.

*Gion Shôja no
kane no koe
shogyô mujô no
hibiki ari.*

El resonar de la campana
del templo Gion Shôja
es el eco de la evanescencia
de todas las cosas. (p. 23)

La segunda es este trozo de Oku no Hosomichi (*El estrecho camino hacia el norte*) del poeta Bashô en la versión de Britton (1974):

La gloria de tres generaciones de la familia Fujiwara es apenas el breve recuerdo de un sueño. Llegamos a las ruinas de la gran puerta del castillo antes de nuestro arribo al sitio donde quedaba el señorío de Hidechira del cual ahora solo quedan arrozales y campos baldíos. Nada queda excepto el Kinkeizan, el Cerro del Faisán Dorado que fue parte de los jardines.

Subimos al Takadachi, el Alto fuerte de Yoshitsune, para observar debajo nuestro el gran río Kitagami que rueda desde la provincia de Nambu. Un tributario, el Koromo, fluye alrededor del castillo de Izumi para juntarse con aquel aquí, a los pies de la fortaleza. El fuerte de Yasuhira se erigió más allá del paso de Koromo en una posición estratégica para guardar la entrada a la provincia de Nambu y defenderla de las tribus norteñas de los Ainu.

Pero qué leve es la gloria militar. Ese selecto grupo de vasallos leales que se atrincheraron en este fuerte alto lucharon descarnadamente pero de sus gloriosas haza-

ñas la memoria solo alcanzó el instante. Todo está bajo la hierba. Cómo resultan de ciertas las palabras de Tu Fu:

Así el país sea vencido,
permanecerán sus montañas y sus ríos.
Y sobre las ruinas del castillo, al llegar la primavera
la hierba reverdecerá de nuevo. (p. 46)

Para regresar al punto de inicio, resultan adecuadas las siguientes reflexiones de Bleiker (2009):

Un exitoso repensar en la política mundial, la búsqueda de un orden internacional más pacífico y justo, deben abordar la representación. Deben ocuparse de los lenguajes a través de los cuales somos capaces de distinguir lo seguro de lo peligroso, lo racional de lo irracional, lo posible de lo imposible. Lo que se requiere es una crítica del lenguaje que abra las posibilidades de observar más allá de lo que se supone sea la política mundial, que pueda problematizar los dilemas políticos que se han vuelto no problemáticos y hasta invisibles, durante años de discurso normalizado y de las correspondientes prácticas políticas (p. 172).

Concluido este recorrido que buscó abrir el tema a nuevos intentos analíticos e interpretativos, podríamos proponer que la política japonesa representa una estética de la imperfección y la insuficiencia.

Referencias bibliográficas

- ARISTÓTELES (2003). *Metafísica*. Madrid: Gredos.
- BENEDICT, R. (1974). *El crisantemo y la espada, patrones de la cultura japonesa*. Madrid: Alianza Editorial.
- BLEIKER, R. (2009). *Aesthetics and world politics*. London: Palgrave Macmillan.
- BRITTON, D. (1974). *A Haiku journey. Basho's "the narrow road to the far north" and selected haiku*. Tokyo: Kodansha International.
- CAMPOAMOR, R. de (1900). *Obras poéticas completes*, tomo I. Barcelona: Luis Tasso, Impresor-Editor.
- CURTIS, G. L. *The logic of japanese politics; leaders, institutions, and the limits of change*. Nueva York, Columbia University Press, 1999.
- DÔGEN, Z. (1999). *El gran Shôbôgenzô. Daidôji*. Cantabria: Templo del Gran Camino.
- DOI, T. (1987). *The anatomy of dependence*. Tokyo: Kodansha International.

- ECO, U. (2007). *On ugliness*. London: Harvill Secker, Random House.
- FROST, R. (1942). *The Collected Poems of Robert Frost*. Garden City, N. Y.: Halcyon House.
- GROYS, B. (1992). *The total art of stalinism: avant-garde, aesthetic dictatorship, and beyond*. Princeton: Princeton University Press.
- HAYA, V. (2002). *El corazón del haiku: la expresión de lo sagrado*. Madrid: Mandala Ediciones.
- HOFFMAN, M. (2013, 13 de mayo) "'Beauty' as beheld in Japan through the ages". *The Japan Times*. Recuperado de <http://www.japantimes.co.jp/life/2013/05/12/general/beauty-as-beheld-in-japan-through-the-ages/#.Uuq1TVoWWCI>
- HUMBER, Y. (2013, 19 de Julio). "Abenomic's needs more Thatcher: Marubeni chief". *The Japan Times*. Recuperado de <http://www.japantimes.co.jp/news/2013/07/19/business/abenomics-needs-more-thatcher-marubeni-chief/#.Uuq2iloWWCI>
- JOHNSON, C. (1982). *MITI and the japanese miracle: the growth of industrial policy, 1925-1975*. Stanford: Stanford University Press.
- JOHNSON, F. A. (1993). *Dependency and japanese socialization: psychoanalytic and anthropological investigations into Amae*. Nueva York: New York University Press.
- KASULIS, T. P. (2012). *Shinto: el camino a casa*. Madrid: Trotta.
- KOMPARU, K. (1983) *The Noh Theater, principles and perspectives*. Tokyo: Weatherhill, Tankosha.
- LEYES CONSTITUCIONALES (1963). Madrid: Taurus.
- MCCOULLOUGH, H. G. (1988). *The Tale of Heike*. Stanford: Stanford University Press.
- MCCURRY, J. (2011, 29 de agosto). "Yoshihiko Noda set to become japanese PM". *Guardian.co.uk*. Recuperado de <http://www.theguardian.com/world/2011/aug/29/yoshihiko-noda-japan-prime-minister>
- MITCHELL, R. H. (1996). *Political bribery in Japan*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- ÔE, K. (1995). "Japón, su indecisión, y yo". Trad. Fernando Barbosa. En: *Magazín Dominical, núm. 608, El Espectador*, 8 de enero.
- OMURA, K., et. al., Eds (1999). *Japan: profile of a nation revised edition*. Tokyo: Kodansha International.
- OZAKI, R. (1991). *Human capitalism: the Japanese enterprise system as world model*. Tokyo: Kodansha International.
- PHILLIPI, D. L. (1968). *Kojiki*. Tokyo: University of Tokyo Press.

- ROBERTS, L. S. (2012). *Performing the great peace: political space and open secrets in Tokugawa Japan*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- RODRÍGUEZ, F. (1972). *El haiku japonés*. Madrid: Guadarrama.
- Tanizaki, J. (2002). *El elogio de la sombra*. Siruela: Madrid.
- TSUNODA, R. (1964). *Sources of Japanese tradition*. Vol. 1. New York: Columbia University Press.